
La originalidad de la pedagogía de la fe

*Isabel Corpas de Posada **

En primer lugar es preciso recordar que la catequesis, definida por el Sínodo de 1977 como “la educación ordenada y progresiva de la fe”, es pedagogía de la fe y que en los últimos tiempos dicha pedagogía ha encontrado caminos de renovación en fidelidad a la misión de la Iglesia de anunciar el amor de Dios a todos los hombres en sus circunstancias concretas.

Así mismo hay que recordar la importancia que para la vida de la Iglesia y, por ende, para la catequesis, representa el Concilio Vaticano II. El retorno a las fuentes, es decir, al testimonio de la experiencia del pueblo de Israel y de los primeros cristianos que ofrecen los libros de la Biblia, recordó a la Iglesia aspectos de la revelación de Dios que durante siglos habían estado oscurecidos por otras preocupaciones. Entre otras cosas, la Iglesia recordó y precisó que:

el contenido de la revelación de Dios es la buena noticia de la salvación que tiene como centro a Jesucristo;

la revelación de Dios es un encuentro personal entre Dios y el hombre;

Dios se revela en la historia de los hombres;

la buena noticia de la salvación toca profundamente la experiencia humana y se hace vida;

la Iglesia es pueblo de Dios;

todo los bautizados son llamados a la santidad y son responsables de la misión de la Iglesia.

* Doctora en Teología. Profesora en la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana.

Estos aspectos, que la Iglesia recordó y revisó, ciertamente tienen repercusión en la actividad catequética, para la cual el Concilio señaló algunas pistas, encargando a la Congregación del Clero la elaboración de un Directorio que aplicara a esta acción de la Iglesia las líneas teológicas y pastorales señaladas por el Concilio.

Años después, el Papa Juan Pablo II reunió un Sínodo para estudiar las necesidades de la catequesis y responder a ellas. El Sínodo recogió el querer de toda la Iglesia y lo entregó al Santo Padre en forma de Recomendaciones, las que a su vez fueron acogidas por él en la Exhortación Apóstolica "Catechesi Tradendae", publicada en 1979.

Dicha Exhortación hace énfasis en dos características de la pedagogía de la fe. El Papa precisa que "la originalidad de la fe conlleva una pedagogía igualmente original" (CT. 58), a la vez que fundamenta dicha originalidad en la pedagogía de Dios en la que ella se inspira:

"La originalidad irreductible de la identidad cristiana tiene como corolario y condición una pedagogía no menos original de la fe. Entre las numerosas y prestigiosas ciencias del hombre que han progresado enormemente en nuestros días, la pedagogía es ciertamente una de las más importantes. Las conquistas de las otras ciencias - biología, psicología, sociología-, le ofrecen aportaciones preciosas. Las ciencias de la educación y el arte de enseñar son objeto de continuos replanteamientos con miras a una mejor adaptación o a una mayor eficacia, con resultados por lo demás desiguales".

"Pues bien, también hay una pedagogía de la fe y nunca se ponderará lo bastante lo que ésta puede hacer en favor de la catequesis. En efecto, es cosa normal adaptar, en beneficio de la educación en la fe, las técnicas perfeccionadas y comprobadas de la educación en general. Sin embargo, es importante tener en cuenta en todo momento la originalidad fundamental de la fe. Cuando se habla de pedagogía de la fe, no se trata de transmitir un saber humano, aun el más elevado; se trata de comunicar en su integridad la Revelación de Dios. Ahora bien, Dios mismo, a lo largo de toda la historia sagrada y principalmente en el evangelio, se sirvió de la pedagogía que debe seguir siendo el modelo de la pedagogía de la fe. En catequesis, una técnica tiene valor en la medida en que se pone al servicio de la fe que se ha de transmitir y educar, en caso contrario, no vale" (CT. 58).

Por eso, porque tiene como modelo la pedagogía de Dios, la pedagogía de la fe no puede ignorar que la pedagogía de Dios

parte de la realidad de las personas y las interpela en su situación;

se realiza en un diálogo en el que Dios toma la iniciativa;

es invitación a Dios a un estilo de vida y respuesta del hombre que se arriesga a aceptarla;

utiliza signos en los que los hombres aprenden a leer el mensaje de Dios;

es la pedagogía del amor que promueve al hombre, hace hermanos, libera de toda esclavitud y alienación;

tiene como centro a Jesucristo;

pasa por la experiencia de la comunidad;

integra el anuncio de las buenas noticias de la salvación, la celebración de la fe y el testimonio.

En consecuencia, el contenido de la catequesis es la buena noticia del amor de Dios que tiene como centro a Jesucristo y que la Iglesia tiene la misión de anunciar. Además, si la metodología catequética asume el proceso de la revelación, el proceso catequético parte de la experiencia humana, integra en el anuncio de las buenas noticias del amor de Dios la Palabra, la celebración y el testimonio, conduce a la conversión de los corazones y las estructuras. Por último, en cuanto la catequesis es acción y experiencia eclesial, es parte de la evangelización, y el catequista ejerce un ministerio eclesial. Por todas estas razones la pedagogía de la fe no puede imitar los métodos de otras áreas del saber. Ella consiste en la iniciación a la experiencia cristiana que es experiencia de Dios y experiencia de fraternidad, en la iniciación al lenguaje de la experiencia cristiana y en la iniciación

a la vida cristiana que es la nueva vida en Cristo

1.- INICIACIÓN A UNA EXPERIENCIA ORIGINAL Y DIFERENTE

Al proponer la experiencia como camino para la pedagogía de la fe, es indispensable caer en la cuenta de lo que significa e implica ser cristiano, que es, al fin y al cabo, el objetivo de la pedagogía de la fe.

Ser cristiano es una manera de vivir la relación con Dios, con los demás hombres y con el mundo:

relación con Dios al estilo de Cristo que habla con Dios como su Padre y hace posible para los hombres ser hijos;

relación con los demás hombres al estilo de Cristo que, al revelar a Dios como Padre, hace a los hombres hermanos;

relación con el mundo al estilo de Cristo que con su vida dijo no a todas las esclavitudes y demostró que todo lo que hay en el mundo es para el servicio de todos los hombres.

Ser cristiano, así, es una EXPERIENCIA (1) que invade todos los rincones de la vida, todas las horas del día, todos los días de la semana, todas las semanas del año. No es una experiencia limitada a una práctica religiosa o a un determinado momento.

Como el término experiencia se puede entender de varias maneras, muchos oponen la experiencia al conocimiento, por cuanto la experiencia se vincula con el corazón y el sentimiento, mientras el conocimiento es intelectual y se relaciona con la razón. Y muchos consideran, así, que la experiencia es irracional, a diferencia del conocimiento, que sí está vinculado a la lógica racional. Y juzgan, además, que como la experiencia depende de impulsos emotivos, carece de valor cognoscitivo real y, consiguientemente, de cualquier valor.

Esta minusvaloración de la experiencia es comprensible en el mundo occidental y desde el pragmatismo de la sociedad moderna. Porque el mundo occidental privilegia lo intelectual sobre cualquier otra dimensión de la vida humana. Decir intelectual es decir racional y conceptual. Es decir verdad objetiva, verificable con los criterios de la ciencia. Y este es el horizonte en el que se inicia al niño durante la vida escolar, haciendo de la

adquisición de conocimientos el objeto de la educación. Es así como la religión se ha enseñado y como ha tenido que chocar con la ciencia, para la cual sólo es verdad aquello que se puede demostrar. Además porque el hombre de nuestros días está determinado por el experimento, la comprobación, la eficacia, el resultado palpable que es propio del pragmatismo de la sociedad moderna. Pero cuando se ocupa únicamente por analizar, aprovechar y dominar el mundo, desatendiendo todo cuanto cae fuera de este campo de interés, no percibe un aspecto esencial de la realidad, no dialoga con ella, no descubre su sentido. Hay que reconocer que la educación no contribuye a la contemplación y capacidad de asombro, tampoco a la pregunta por el sentido, pues lo importante es su eficacia. También hay que admitir que la metodología educativa sólo fija su atención en aquellos aspectos de la naturaleza y de la sociedad que pueden ser estudiados y conocidos por las ciencias, hasta convergerse de que poseyendo tales conocimientos se ha llegado a conocer la verdad, entendida como validez objetiva de lo expresado. Y es así como la religión resulta desprestigiada y la fe relegada al departamento de antigüedades. El educador de la fe tiene que tener presente que no se pueden cerrar los ojos frente a lo asombroso, porque al perder la

(1) Vergotte define la experiencia como "el modo de conocer por la aprehensión intuitiva y afectiva de las significaciones y de los valores percibidos a partir de un mundo preñado de signos y de llamadas cualitativamente diferenciadas"

Guerrero define la experiencia como "un modo de conocer que abarca y compromete al hombre entero, superando los departamentos estancos en que lo ha ido dividiendo la civilización, si bien al hombre de nuestros días se le ofrece con caracteres ambiguos: por una parte se la descubre como fuente de conocimientos; pero por otra sufre las consecuencias de una sobrevaloración exclusiva de lo racional".

capacidad de asombro, se pierde una dimensión que constituye un presupuesto para la experiencia religiosa.

Gracias a los fenomenólogos de la religión, que llamaron la atención acerca del "sentimiento" religioso que la tradición cristiana no había atendido, preocupada más en el "pensamiento" religioso, se tiene hoy conciencia de que la religión no existe en el nivel de los conceptos ni de la práctica ética, si no se da una interiorización personal. Y la educación religiosa que no contemple este aspecto tendrá que ser lo que hasta ahora ha sido: instrucción, transmisión de los conceptos que no tocan la vida.

También las ciencias del hombre han mostrado que en la estructura de la persona se hallan emociones, tendencias, estados de ánimo y que los sentidos, la memoria y la fantasía le posibilitan un más pleno conocimiento del mundo que lo rodea. Todas esas parcelas del ser humano han sido revalorizadas por las modernas ciencias del hombre, superando la época en que únicamente lo racional era digno de reconocimiento. La experiencia o la vivencia se han convertido así en nuevas fuentes de conocimiento, de tal manera que llenan los conceptos ya conocidos con una densidad existencial nueva. La pedagogía de la fe no puede desconocer estos datos, porque la buena noticia del amor salvador de Dios tiene que tocar el corazón del hombre para transformarlo y no sólo la inteligencia para iluminarla. Los teólogos y los catequistas, a su vez, han palpado que los hombres saben cada día más sobre la naturaleza y sobre la

historia, pero en la misma medida han perdido contacto con el significado y el sentido de lo que existe y su lenguaje es cada día más pobre. Lo más grave es que han perdido la capacidad de asombro y un hombre que no se asombra no ha llegado a percibir lo admirable y lo extraordinario y lo portentoso. Es aquí donde se manifiesta la urgencia de que la educación conduzca al asombro para poder llegar a la esencia de la realidad y a la experiencia religiosa. Porque la experiencia es fuente de conocimiento, si bien el modo de adquirirlo es diferente del proceso intelectual. El conocimiento experiencial no se logra por medio de la lógica racional que privilegia el conocimiento intelectual, ni por un principio de autoridad o tradición, sino por la propia aceptación de la impresión vivida que se integra en la experiencia. Ahora bien, la experiencia sensible también es racional y ofrece un contenido cognoscitivo que pertenece a un orden distinto del de la razón, lo mismo que el amor. La experiencia tiene que ver con el sentido, contiene una realidad, significa algo, afirma una verdad que no es la misma verdad de la ciencia, pero que es igualmente verdad. Y la experiencia religiosa permite al hombre conocer la verdad -verdad de sentido- con los criterios propios de la experiencia religiosa. También hace posible captar la presencia de la trascendencia en lo humano y descubrir el sentido de la vida, tareas todas ellas en las que el educador de la fe tiene que empeñarse desde los primeros pasos de la iniciación a la experiencia cristiana.

1.1.- La experiencia cristiana es experiencia de Dios vivida en la Iglesia y al estilo de Cristo.

la experiencia religiosa es, en líneas generales, experiencia de la trascendencia que la religión permite interpretar y expresar, la experiencia cristiana de Dios también necesita un sistema de significación que es el que le ofrece la experiencia vivida por la Iglesia a lo largo de su historia y la experiencia que Jesús, el Cristo, vivió e hizo posible que otros vivieran. Estos dos parámetros -vividos en la Iglesia y al estilo de Cristo- hacen posible la interpretación y expresión de la experiencia cristiana de Dios, constituyen sus dos características principales y la distinguen de cualquier otra experiencia de la trascendencia.

Y es también experiencia personal y comunitaria porque el encuentro con Dios, que es personal, se vive en comunidad; es experiencia histórica, como es histórica la revelación de Dios; es experiencia de salvación, porque el encuentro con Dios transforma y libera. Y es experiencia profundamente humana, porque la fe cristiana es experiencia en profundidad de la realidad humana en todas sus dimensiones, plenificada con el sentido más hondo de esa realidad que Dios descubre al hombre.

En cuanto a las características de la experiencia de Dios hay que precisar, en primer lugar, que la experiencia cristiana de Dios pasa por la Iglesia, como comunidad de bautizados que prolonga en

la historia de los hombres la acción realizada por Jesús, el Cristo, y en la que se hace verdad la unión de los hombres entre sí y de los hombres con Dios; como pueblo que peregrina por la historia y gracias al cual llega a los hombres de todos los siglos la buena noticia de la salvación.

Al mismo tiempo hay que decir que la experiencia cristiana de Dios se vive al estilo de Cristo, porque Jesús, el Cristo, revela a los hombres cómo es el amor de Dios; porque es el Camino entre Dios y los hombres; porque con su vida muestra cómo es posible experimentar en profundidad la realidad humana y darle sentido trascendente al abrirse a la experiencia de Dios; porque con su predicación responde a las experiencias más profundas del hombre, las explícitas y las hace transignificativas.

Una tercera característica es que la experiencia de Dios es siempre personal y no se puede tomar prestada. Y porque es personal, involucra a toda la persona. Por eso no basta comprender a Dios con la inteligencia. Es vivencia que toca al núcleo más interno del propio yo, a la conciencia. Por consiguiente, puede hablarse de una conciencia de Dios que invade la capa más profunda del hombre y se irradia a todos los rincones de su vida. Ahora bien, para la iniciación en el contenido de la fe hay que recurrir a unos conceptos y representaciones de Dios que son transmitidos desde fuera y que no alcanzan a tocar a la conciencia, porque el concepto de Dios pertenece a un orden puramente intelectual, mientras que la conciencia

está en relación con la experiencia de todo el hombre.

La cuarta característica de la experiencia cristiana de Dios y de toda experiencia religiosa es que no es individual sino comunitaria, compartida por muchos. Porque pasa por la comunidad, se vive en la comunidad, se proyecta a la comunidad.

La experiencia cristiana de Dios es, además, experiencia histórica, porque se vive en circunstancias históricas concretas y a ellas responde. Y es histórica, porque cada experiencia está relacionada con otras experiencias. Por ello la idea, imagen o representación que el hombre se forma de Dios viene determinada por la que él tiene de sí mismo, del mundo en que vive y de los otros con quienes convive. Y porque es histórica, el hombre descubre la presencia de Dios, la interpreta y expresa su experiencia con las mediaciones que el momento histórico le brinda. Esto explicaría por qué la imagen tradicional de Dios, surgida en otro contexto socio-cultural, llega hasta los hombres de nuestros días desprovista de la experiencia religiosa que le daba vida y reducida a un concepto. No quiere esto decir que las generaciones anteriores no tuvieran experiencia de Dios, sino que los testimonios de tales experiencias llegaron envueltos en un lenguaje conceptual o en símbolos que la generación actual no sabe interpretar.

Una última característica de la experiencia cristiana de Dios es que es experiencia de salvación, porque la experiencia de Dios transforma a las personas y las relaciones entre ellas. De ahí que si bien la

experiencia no es objeto de demostración, ella se evidencia en unos signos, de los cuales el más representativo es que todo individuo o comunidad que experimenta a Dios en su vida da testimonio ante los demás de la experiencia vivida aun sin proponérselo.

Además de precisar sus principales características resulta indispensable establecer cuál es el camino de la experiencia de Dios, porque tratándose de una experiencia histórica, las circunstancias culturales en las que se vive el encuentro con Dios marcan definitivamente el tipo de experiencia, su interpretación y formas de expresión. Por este motivo la experiencia del hombre campesino no es la misma del hombre de la sociedad industrial, ni es la misma la de la Edad Media que la del siglo XXI, como tampoco es la misma la del cristianismo europeo que la del cristianismo latinoamericano.

Se puede experimentar la presencia de la trascendencia en el encuentro con la naturaleza y en la contemplación de sus maravillas descubrir la manifestación de lo sagrado. Y no sólo en la naturaleza, el encuentro del hombre con las cosas y los hombres que hacen presente a Dios, que son hierofanías, es también encuentro con Dios. Esta es la experiencia propia del mundo sacral de las sociedades rurales, a las cuales no ha llegado la revolución industrial.

O se puede descubrir y sentir la presencia de Dios en un mundo secularizado, a partir de la experiencia profunda de la propia

realidad en toda su densidad humana personal y social donde surgen las preguntas por el sentido del hombre y de la historia como preguntas vitales a las que hay que dar respuestas profundas, es decir, respuestas trascendentes. Es la experiencia propia del mundo desarrollado y la que actualmente predomina entre los cristianos de Europa.

Una tercera modalidad de experiencia de encuentro con Dios ocurre en el encuentro con el otro y con los otros, en la solidaridad y compromiso de liberación. Es la experiencia que florece en el pueblo latinoamericano, que no pertenece al mundo sacral, tampoco se alinea en el mundo secularizado propio de las sociedades desarrolladas y es víctima de situaciones de injusticia y opresión que claman solidaridad y liberación.

Existen y han existido otras formas de experiencia, pero las tres anteriores pueden considerarse como las más representativas y las que es posible identificar en el momento actual.

Otro aspecto que hace falta tener en cuenta para un trabajo de iniciación a la experiencia de Dios son sus dificultades y los obstáculos que pueden hacer prácticamente imposible vivirla, tanto para el mismo educador como para el grupo de alumnos. Es el reto que se le presenta al educador de la fe y a todo educador que quiere entregar lo mejor de sí mismo a su trabajo.

Una de tales dificultades es que la catequesis ha sido considerada como la

transmisión de unos contenidos doctrinales, por lo que para muchos ésta puede ser la tarea del educador y probablemente rechacen cualquier otra forma de hacerlo.

Un obstáculo bien serio es que ciertamente la experiencia de Dios exige una especial sensibilidad para descubrir su presencia y su cercanía y es evidente también que las circunstancias que rodean la existencia del hombre moderno no favorecen semejante sensibilidad.

Y un obstáculo más serio todavía es el ateísmo del mundo de hoy. Hay que reconocer que Dios es hoy para muchos una palabra vacía de contenido y que no encuentra lugar en su vida, no porque la fe en Dios se vea atacada por la filosofía moderna o la ciencia, sino porque falta la experiencia de Dios debido a que la manera tradicional de hablar de Dios, sustentada por una filosofía metafísica y conceptualista, lo redujo a un concepto por el cual se podría sentir curiosidad y atracción, pero que no toca a la vida. El ateísmo y la manera tradicional de hablar de Dios bloquean la posibilidad de abrirse al encuentro con su amor.

Otro peligro que acecha es confundir la experiencia de Dios con cualquier práctica religiosa, incluso con prácticas alienantes. La diferencia entre la experiencia de Dios al estilo de Cristo y otras experiencias es que la cristiana pone al hombre de cara a la propia existencia por medio de la Palabra de Dios que resuena por la fuerza del Espíritu en la Iglesia.

También dificulta encontrar a Dios en la vida de todos los días la distinción entre espacios, tiempos, personas y cosas que son sagrados; y espacios, tiempos, personas y cosas que son profanos. En la experiencia cristiana Dios es una presencia continua que se manifiesta en todas las circunstancias de la vida de las personas y de la sociedad y no sólo en unos momentos. En el cristianismo no hay ámbitos profanos donde no hay lugar para Dios y ámbitos sagrados a los cuales lo ha recludo el hombre.

Constituye un tropiezo para que la fe llegue a ser experiencia el creer que a Dios hay que buscarlo en el más allá o que es una verdad que hay que demostrar con argumentos de razón. A Dios se le encuentra en medio de la vida de todos los días y para encontrarlo es preciso buscarlo. O mejor, dejarse encontrar por su amor, porque es él quien toma la iniciativa. Hay que buscarlo en el hombre y en la historia de los hombres como el Dios que salva y libera. Hay que buscarlo en el otro, especialmente en el pobre y en el necesitado, que es lugar de encuentro con Dios y de experiencia de Dios, Y no hace falta demostrar su existencia, porque la fe no es la aceptación de unas pruebas dirigidas a la inteligencia, sino respuesta del hombre a la realidad viva que ha experimentado, porque ha descubierto su cercanía. Porque la fe cristiana no encuentra su sentido en una afirmación externa de unas verdades, sino que está encaminada a transformar la vida de las

personas.

Un último peligro contra el que hay que alertar son las deformaciones religiosas marcadas por el individualismo, la pasividad y el conformismo, así como toda práctica que propicie o permita evadir el compromiso con la realidad histórica. La experiencia cristiana de Dios provoca el cuestionamiento de las estructuras injustas y ofrece el testimonio de la solidaridad frente al individualismo, el cambio social frente a la legitimación del orden establecido, de la liberación frente a la opresión.

El contenido de la catequesis es, entonces, la proclamación del amor de Dios que Jesús, el Cristo, manifiesta a los hombres con su vida.

Consiguientemente, la educación de la fe no se puede proyectar hoy a base de transmitir conceptos, sino propiciando el encuentro con Dios por medio de su Palabra, de las celebraciones de la Iglesia y del compromiso con toda persona necesitada. Ni se trata de probar con argumentos abstractos la existencia de Dios o sus atributos, sino de acompañar a descubrir, a sentir e interpretar la presencia de Dios en la vida de los hombres y en su historia para poder vivir la experiencia personal de esa presencia.

Y, por último, en esta forma de pedagogía de la fe no es una acción individual ni una tarea anodina la que realiza el educador en la fe, pues es la acción de toda la Iglesia que tiene el encargo de hacer resonar entre los hombres la buena noticia del amor de Dios, acción por la cual, además, se

construye la comunidad que manifiesta entre los hombres ese amor (2).

1.2. La experiencia cristiana es experiencia de fraternidad vivida en la Iglesia al estilo de Cristo.

Vivir la experiencia de Dios al estilo de Cristo es descubrir que Dios es Padre y reconocer a los hombres como hermanos. Por eso la experiencia cristiana es y tiene que ser experiencia de fraternidad con todas sus implicaciones y todas sus consecuencias de orden práctico.

Vivir la experiencia de Dios en la Iglesia es descubrir que el otro, llámese prójimo o hermano, es lugar de encuentro con Dios y reconocer que el amor de Dios pasa por el amor al hermano. Por eso la experiencia cristiana es y tiene que ser experiencia de

solidaridad que se manifiesta en acciones concretas de servicio y no sólo en palabras.

Vivir la experiencia de Dios al estilo de Cristo y en la Iglesia es aceptar la irrupción del amor de Dios en la vida y en la historia para transformarlas. Por eso la experiencia cristiana es y tiene que ser experiencia de salvación de todo el hombre y de todos los hombres, salvación que acontece en el aquí y en el ahora y se prolonga hacia la vida que no termina.

Si la enseñanza religiosa de otras épocas quizás pudo permitir la privatización de la fe desde una comprensión individualista y ahistórica de la salvación que propiciaba un espiritualismo utilitarista, según el cual la religión "sirve" para salvarse, lo que, a su vez, dio lugar a inmovilismo y pasividad en espera de una recompensa futura, e incluso al asistencialismo

(2) Los documentos de la enseñanza de la Iglesia sobre catequesis subrayan la importancia que tiene la experiencia de Dios vivida en la Iglesia y al estilo de Cristo:

* la catequesis conduce a la comunión con Dios y a la solidaridad con los hombres (DCG 23 41);

* la catequesis es experiencia de vida eclesial (Cf. DCG 35 Y 76);

* la tarea del catequista es hacer nacer a Cristo Jesús en el corazón de los niños, hacerlos crecer en la vida cristiana para que alcancen la plenitud vital en Cristo (MO 19);

* el fin de la catequesis es poner en contacto y en comunión con Cristo, cuya enseñanza no es un cúmulo de verdades sino la comunicación del Misterio de Dios (CT 57).

paternalista para conseguir el premio, fue tal vez porque había dejado de alimentarse en la primera experiencia cristiana: la experiencia de Jesús y sus discípulos que es la experiencia del reino.

Pero al volver los ojos hacia la fuente de la experiencia cristiana, la teología y, con ella, la catequesis encontraron que esta experiencia de fraternidad, que es al mismo tiempo, solidaridad y salvación, vivida al estilo de Cristo es la que él anunció e hizo presente con su vida: "El Reino de Dios está aquí; conviértanse y acepten la buena noticia de la salvación" (Mc 1.14). Experiencia vivida en la Iglesia como la de los primeros discípulos que en el encuentro con Jesús experimentaron la irrupción del reino de Dios en sus vidas y dieron testimonio de amor solidario, comprometiéndose en hacer presente entre los hombres el amor de Dios.

El reino de Dios no está arriba, en el cielo, y en el más allá, sino que comienza a construirse aquí y ahora; exige el cambio de corazón para poder aceptar las buenas noticias del amor de Dios; es experiencia de salvación, porque el encuentro con Jesús transforma a las personas y libera de toda esclavitud; es invitación y no imposición; crece y transforma lo que está a su alrededor; es el reino del amor que se manifiesta en justicia y solidaridad; es el reino del amor misericordioso del Padre: amor de hermanos, amor sin restricciones, amor al enemigo, amor que da la vida.

Por estas razones la catequesis de hoy y de todos los tiempos no puede ignorar la dimensión comunitaria de la experiencia

cristiana ni puede perder la vista que la fe tiene una dimensión política que le viene dada por su misma dimensión social. Al igual que toda actividad humana, incluso la más neutra, la fe tiene una dimensión política y un compromiso, pues cuando el hombre se pregunta por el sentido de cualquiera de sus actividades, opciones o compromisos, descubre el sentido histórico de su quehacer, que necesariamente tiene dimensiones políticas, y el sentido profundo de la historia como un proceso de liberación de cuanto impide a los hombres y a los pueblos su plena realización.

Asimismo tiene que tener en claro la catequesis que el Dios de la revelación está comprometido en la liberación del hombre y no se acomoda a los proyectos humanos que dejan a su paso huellas de injusticia, que la salvación es histórica y que no hay salvación si no hay liberación de todo lo que impide al hombre realizarse como hombre, que la salvación abarca a todo el hombre y a todos los hombres: salvación no se refiere al premio en la otra vida, sino que es la plena realización de las aspiraciones verdaderamente humanas y la liberación de todo lo que impide ser plenamente hombre.

La catequesis también tiene que partir del reconocimiento de que la fe es histórica, depende de la experiencia humana y que el compromiso cristiano es con los hombres y con su historia. Por eso la catequesis tiene que incluir las aspiraciones humanas y tener en cuenta

el contexto social, económico, político y cultural para denunciar las injusticias y comprometerse en la construcción de un mundo más humano.

Y la catequesis tiene que enseñar a vivir la experiencia de fraternidad, que es solidaridad y salvación, y que se concreta en estas características de la civilización del amor.

El reconocimiento de los hombres como hermanos, porque se ha descubierto que Dios es Padre y el consiguiente compromiso de solidaridad es, ciertamente, el objetivo, a la vez que la metodología activa y dinámica en la que se aprenda a vivir la fraternidad. Y el contenido tiene que incluir la realidad social con los conflictos que impiden a los hombres ser felices y con todas sus aspiraciones que son las que ponen en

movimiento la actividad humana (3).

2.- INICIACIÓN A UN LENGUAJE ORIGINAL Y DIFERENTE.

La experiencia religiosa tiene un lenguaje que permite a los hombres interpretar y expresar su experiencia de la transcendencia. Es el lenguaje religioso que es lenguaje existencial, porque surge de la experiencia humana más que de una facultad intelectual que argumente, razone y legitime la religiosidad.

La fe cristiana necesita un lenguaje con el cual interpretar y expresar la experiencia de Dios y de fraternidad al estilo de Cristo y en la Iglesia. Es el lenguaje de la

(3) Los documentos de la enseñanza de la Iglesia sobre catequesis señala la importancia que tiene la experiencia de fraternidad vivida en la Iglesia y al estilo de Cristo:

- * la catequesis conduce a la comunión con Dios y a la solidaridad con los hombres (DCG 23 y 41);
- * la catequesis favorece la educación del niño para la vida social (Cf. DCG 79);
- * el contenido de la catequesis es el mismo de la evangelización: la buena noticia de la salvación (Cf. CT 26);
- * la catequesis debe manifestar la unidad del plan de Dios, la unidad entre la salvación de Dios y las aspiraciones humanas, entre historia de la salvación e historia humana (DM 4);
- * la catequesis no puede ignorar los cambios económicos, sociales y culturales de América Latina (DM 5);
- * la catequesis debe asumir las angustias y esperanza del hombre de hoy para ofrecerle posibilidades de liberación (DM 6);
- * las situaciones históricas y las aspiraciones auténticamente humanas forman parte del contenido de las catequesis * el catequista está llamado a iluminar con la Palabra las situaciones

fe cristiana que es, como todo lenguaje religioso, lenguaje experiencial y, por lo tanto, simbólico. Es el lenguaje de la fe cristiana que se encuentra en la Sagrada Escritura y en el que la Iglesia expresa su fe, ya sea en palabras, como el credo y otras formulaciones de la fe, ya sea en acciones, como en sus celebraciones litúrgicas y en el testimonio de la comunidad. La pedagogía de la fe que inicia en una experiencia original y diferente tiene también que iniciar en un lenguaje original y diferente como es el lenguaje de la experiencia cristiana.

La instrucción religiosa iniciaba a un lenguaje, pero a un lenguaje conceptual, y enseñaba verdades que se guardaban en un compartimento rotulado "religión", de la misma manera que se guardaban en otros compartimentos los conocimientos pertenecientes a otras áreas del saber: las tablas de multiplicar y las fórmulas matemáticas, las fechas históricas y los lugares geográficos, los nombres de los seres vivientes y su clasificación en espera de la oportunidad en que fuera necesario utilizar este "saber".

Una interpretación histórica y existencial de la revelación de Dios, como la que la teología del Concilio Vaticano II propició, no puede convivir con una formulación del mensaje de esa revelación expresada en un lenguaje conceptual que pertenece a otro momento de la historia. Dios se revela al hombre por medio de las mediaciones del lenguaje, ya que al hombre únicamente se le puede hablar en el lenguaje que le sirve para pensar y que comprende, porque está tocando a su experiencia para darle sentido o cuestionarla.

Por esta razón la catequesis no es la enseñanza de fórmulas y prácticas, sino el proceso mediante el cual el cristiano entra en contacto con el lenguaje de su fe: se inicia en el lenguaje, lo hace suyo y hace significativa su propia experiencia, a la vez que aprende a expresarla en el lenguaje de la fe. Porque es posibilidad de encuentro con la expresión de otras experiencias religiosas para suscitar una nueva experiencia y hacer posible su expresión, ya que la confesión de fe nace de una experiencia de fe y está destinada a suscitar una nueva experiencia de fe.

Así, pues, uno de los aspectos que tiene que contemplar la pedagogía de la fe consiste en hacer posible el contacto con la Palabra de Dios, aprender a leer la Palabra de Dios, permitir que la Palabra de Dios toque a su experiencia para descubrir el sentido de lo que vive a la luz de esa Palabra, que se convierte, entonces, en buena noticia de liberación, porque la Palabra se hace vida en la experiencia.

La iniciación al lenguaje de la experiencia cristiana puede encontrar dificultades en la vida escolar, donde aparentemente las palabras son unívocas, donde se aprenden verdades que son conceptuales, objetivas y comprobables con los criterios de las ciencias, donde se adquieren destrezas de orden práctico. Se dificulta la comprensión del símbolo que no es unívoco sino evocativo; se dificulta la comprensión de un lenguaje que es simbólico, evocativo, cargado de significación y destinado a dar sentido a la vida de los hombres; se dificulta valorar lo que se considera que no tiene utilidad.

En la escuela el niño aprende a leer, a

contar, a ponerle nombre a las cosas y a las personas, y confunde el lenguaje de la fe con otras informaciones que recibe de conceptos y de valores de orden práctico. La pedagogía de la fe no puede ignorar estas dos perspectivas que tienen que coexistir y que el niño tiene que aprender a diferenciar, ya que es objetivo de la pedagogía de la fe iniciar al niño en el lenguaje simbólico que expresa la experiencia de fe y hacer posible que se apropie de este lenguaje para poder hablar de su experiencia de Dios y de la experiencia de comunidad.

Es así como la iniciación al lenguaje de la fe requiere una pedagogía, que precise lo que tiene de original y diferente y que incluye:

2.1.- El lenguaje de la Biblia.

Si el lenguaje de la Biblia es simbólico no es por casualidad, sino porque es lenguaje religioso y éste es el único que puede expresar la experiencia religiosa. Es lenguaje vivo, porque hace posible que la realidad de Dios pueda iluminar hoy la experiencia de los hombres de la misma manera que iluminó la experiencia de otros hombres en otras circunstancias históricas. Y es el lenguaje de la comunidad cristiana, porque la fe se hace vida en la comunidad y la vida se hace experiencia comunitaria de fe gracias al lenguaje de la Biblia.

Aspecto muy importantes de la pedagogía de la fe es la iniciación al lenguaje de la Biblia, a su simbólica o conjunto de símbolos que permiten expresar la experiencia de fe y la misma experiencia

que la Palabra dinamiza.

Ahora bien, por circunstancias históricas durante muchos siglos la enseñanza de la religión católica reemplazó la Biblia por el catecismo y la historia del amor de Dios por fórmulas doctrinales. Gracias al Concilio Vaticano II, la Biblia volvió a estar al alcance de los cristianos desde los primeros pasos de su educación en la fe.

La pedagogía de la fe necesita tener presente que la Biblia es una proclamación de fe: proclama una interpretación religiosa del hombre, del mundo y de la historia, expresándola en lenguaje simbólico. No es una explicación científica, no es la crónica de los acontecimientos, como más de una vez se ha intentado leer sus páginas.

También necesita recordar la catequesis que la Biblia no describe las cosas, ni los paisajes, ni las realizaciones y no tiene verdades científicas. La Biblia dice con símbolos y en un lenguaje original y diferente la experiencia de Dios y la experiencia de fraternidad vividas por el pueblo de Israel y por Jesús y sus discípulos.

Finalmente, la catequesis no puede perder de vista que la Biblia hay que leerla en la experiencia de ser Iglesia, es decir en comunidad y en fidelidad a su enseñanza.

Es preciso, entonces, que la pedagogía de la fe permita familiarizarse con el lenguaje original y diferente de la Biblia:

En la catequesis de niños, como en todo acercamiento a la Biblia hay que evitar "historizar" los relatos, es decir, que el

niño piense que son crónicas de acontecimientos y no su interpretación desde la experiencia de fe, o que son explicaciones de carácter científico en lugar de proclamaciones de fe. También hay que evitar “moralizar”, es decir, poner las historias y enseñanzas únicamente como ejemplos o moralejas para que el niño se porte bien. Y hay que evitar pedirle al niño un trabajo que desborde su capacidad, como cuando se le indica que “interprete” un texto sin haberle suministrado las pistas para hacerlo. En general, el niño necesita adquirir los criterios necesarios para hacer lo que expresa la Biblia, pues de lo contrario va a leer estos relatos con los mismos criterios con los que lee las ‘verdades

científicas” que le presentan las matemáticas, las ciencias sociales y naturales, y al no encontrar en la Biblia “verdades científicas” termina despreciándola por inverosímil.

Cuando se propone la iniciación al lenguaje de la Biblia como un aspecto de la pedagogía de la fe, también se proponen objetivos, contenido, y metodología. El conocimiento y práctica del lenguaje de la Biblia en la experiencia de comunidad es objetivo, contenido y método de la catequesis (4).

2.2. El lenguaje de la Iglesia.

4) Los documentos de la enseñanza de la Iglesia sobre catequesis insisten en la importancia que tiene la Sagrada Escritura en la educación en la fe:

* la fuente de la catequesis es la Sagrada Escritura tal como es entendida, explicada y aplicada a las situaciones concretas en la Iglesia (Cf. DCG 14 Y 45);

* la catequesis enseña a leer las Sagradas Escrituras y a conocer la tradición (DCG 24);

* la catequesis debe transmitir la Palabra de Dios como la Iglesia la propone y en el lenguaje de los hombres a quienes se dirige, porque cuando Dios se reveló a la humanidad se expresó en palabras humanas y en el lenguaje propio de la cultura del tiempo (DCG 32);

* la catequesis tiene su origen en la confesión o proclamación de la fe y conduce a la confesión de la fe en la comunidad creyente que proclama a Jesús como el Cristo (MO 8);

* el primer lenguaje de la catequesis es la Escritura y el Símbolo (MO 9);

* los constitutivos de la catequesis son el conocimiento de la Palabra de Dios, la celebración de la fe en los sacramentos y la confesión de la fe en la vida cotidiana (MO 11 y DP 999);

* el catequista está llamado a iluminar con la Palabra de Dios las situaciones humanas y los acontecimientos de la vida para descubrir en ellos la presencia de Dios (DP 997);

* fuente de la catequesis es la Sagrada Escritura leída en el contexto de la vida y a la luz de la enseñanza de la Iglesia (Cf. DP 1001)

El lenguaje de la Iglesia, como el de la Biblia es lenguaje simbólico que expresa la experiencia cristiana y hace posible vivir nuevas experiencias de fe. Es el lenguaje de las proclamaciones de fe. Es el lenguaje de la liturgia.

Ahora bien, por la misma razón por la que se llega a tomar al pie de la letra el lenguaje bíblico, también se conceptualiza y empobrece el lenguaje de las proclamaciones de fe y se confunde el valor de la liturgia con su eficacia de orden práctico: para qué sirve el bautismo, la confirmación o el matrimonio...

Las fórmulas y plegarias de la Iglesia se vuelven insignificantes, en parte porque no se tienen en cuenta las circunstancias en las que la proclamación tomó forma y su finalidad, ni los moldes culturales que permitieron la vivencia de la fe y su expresión, pero sobre todo, porque falta la experiencia y, así, las fórmulas han perdido su significado.

Y en cuanto a la liturgia, también resulta vacía de contenido en parte, porque las celebraciones de los sacramentos son ritos que hay que cumplir a manera de requisitos para la vida eterna, pero que no repercuten en la vida de todos los días y, sobre todo, son ritos vacíos, porque no hay experiencia.

Como la Biblia, que es toda ella proclamación de fe, las fórmulas nacieron en la fe de la comunidad y están destinadas a ser leídas en la misma fe y a suscitar nuevas experiencias. Querer leerlas desde otro horizonte de comprensión o darles

una finalidad diferente es desconocer la originalidad del lenguaje de la fe y negar su verdad igualmente original.

Así, por ejemplo, el Credo o Símbolo de los Apóstoles es la fórmula con la que el cristianismo expresó la experiencia de Dios vivida en la Iglesia y al estilo de Cristo, cuando se encarnó en el mundo griego y buscó formas de proclamar su fe: proclama la fe en Dios a quien se reconoce como Padre y Creador con expresiones propias de la tradición bíblica; proclama la fe en Jesucristo muerto y resucitado, reconociéndolo como el Hijo de Dios, con expresiones igualmente bíblicas; proclama la fe en la Espiritu Santo y reconoce su acción en la historia de los hombres y en la Iglesia, utilizando también el lenguaje bíblico.

La catequesis es oportunidad de iniciar en el lenguaje de las proclamaciones de fe que utilizan necesariamente los símbolos del lenguaje religioso, principalmente los del lenguaje bíblico. Y es indispensable que la catequesis enseñe a distinguir estas expresiones de la fe de otros conocimientos que se adquieren en el transcurso de la vida.

La catequesis también es oportunidad de iniciar en el lenguaje de la liturgia que es también lenguaje religioso. Los ritos religiosos, en general, sirven para expresar la experiencia de trascendencia y varían según el contexto en el que se vive la experiencia. Así, por ejemplo, los pueblos pastores ofrecen a su dios las primicias de su ganado y los pueblos agricultores ofrecen las primicias de su cosecha. Así, también, cada religión señala espacios, tiempos, personas y objetos que son manifestación de la divinidad o

hierofanías, y establece aquellas acciones, a través de las cuales se comunican los hombres y la divinidad.

El lenguaje sacramental de la Iglesia es además una manera de descubrir el significado trascendente de las personas, los acontecimientos y las cosas, identificando, más que su causa o su origen, su verdad de sentido y, consiguientemente para el cristiano, el amor salvador de Dios que se transparenta en todo lo que vive.

Ahora bien, hace falta una sensibilidad especial para leer la vida en profundidad, sensibilidad que la catequesis puede despertar y, al mismo tiempo, entrenar en el descubrimiento del significado que tienen las personas, los acontecimientos y

las cosas más allá de su utilidad inmediata o su valor material.

Las adquisiciones del lenguaje que la Iglesia utiliza para proclamar la fe con palabras y en la liturgia es, evidentemente, objetivo de la catequesis; además, las proclamaciones de fe, las oraciones de la Iglesia y su liturgia forman parte del contenido de la catequesis; la forma de iniciación al lenguaje señala su metodología y al ser el lenguaje de la comunidad que se practica en la experiencia de comunidad, se está precisando que la Iglesia es el lugar donde se crece en la fe (5).

(5) Los documentos de la enseñanza de la Iglesia sobre catequesis hablan de la importancia que tiene la iniciación al lenguaje de la experiencia cristiana:

- * la catequesis no es repetición de una antigua doctrina, sino una reproducción de ésta, adaptada a los nuevos problemas y comprendida cada vez más profundamente (Cf. DCG 34);
- * la catequesis conduce a la participación en la liturgia de la Iglesia (DCG 25);
- * las fórmulas, como el Credo, el Padre Nuestro y el Ave María, permiten expresar la fe, se pueden aprender de memoria, hacen posible una manera común de hablar y sirven para orar (Cf. DCG 73);
- * la catequesis tiene su origen en la confesión o proclamación de la fe y conduce a la confesión de la fe en la comunidad creyente que proclamó a Jesús como el Cristo (MO 8);
- * el primer lenguaje de la catequesis es la Escritura y el Símbolo (MO 9);
- * los constitutivos de la catequesis son el conocimiento de la Palabra de Dios, la celebración de la fe en los sacramentos y la confesión de la fe en la vida cotidiana (MO 11 y DP 999);
- * El Credo es una síntesis de la fe de la Iglesia. (Cf. CT 28).

3.- INICIACIÓN A UN ESTILO DE VIDA ORIGINAL Y DIFERENTE.

La pedagogía de la fe es original y diferente, porque es iniciación a una experiencia original y diferente que tiene su lenguaje igualmente original y diferente pero, sobre todo, porque es iniciación a un estilo de vida ese sí radicalmente original y diferente: la vida en Cristo.

A nivel personal, este estilo de vida original y diferente es, en lenguaje del Nuevo Testamento, "la vida nueva" que la acción del Espíritu Santo hace posible en la vida de quien ha hecho opción por Cristo. A nivel social este estilo de vida original y diferente es, también en el lenguaje del Nuevo Testamento, el Reino de Dios que los cristianos tienen la responsabilidad de construir en el mundo.

Este es el aspecto moral del cristianismo, moral de opciones y actitudes más que de leyes que hay que cumplir, moral propiamente cristiana porque está dinamizada por la acción del Espíritu Santo que Dios comunica a los hombres que aceptan seguir a Cristo.

Una vez más hay que señalar que en la instrucción religiosa predominó la formación heterónoma e individualista de la conciencia, reducida la moral al cumplimiento de los mandamientos para no cometer pecado. Pero cuando la Iglesia volvió los ojos hacia sus orígenes, saltó a la vista cómo vivían los primeros cristianos su opción por Cristo y esta constatación

vino a cuestionar la forma heterónoma e individualista como la catequesis estaba proponiendo la moral.

La pedagogía de la fe, hoy, tiene que trabajar con las actitudes que manifiestan la opción por Cristo e ir acompañando al crecimiento de los niños desde una conciencia heterónoma a una conciencia autónoma. Así, no se trata de enseñar a "no robar" y "no mentir", sino iniciarse en el valor de la justicia y la verdad que se aprenden a ejercitar y a expresar en su comportamiento. Al mismo tiempo hace falta entrenarse en actitudes de responsabilidad, honestidad, respeto por las personas y por lo que les pertenece, cuidado por las cosas propias y ajenas, autenticidad, generosidad, solidaridad.

Además, la pedagogía de la fe tiene que insistir en la dimensión comunitaria de la moral, vale decir en el compromiso cristiano de hacer que reine el amor, compromiso de impregnar con el evangelio las instituciones y los valores humanos, compromiso de que el amor de Dios irrumpa en la vida de los hombres y transforme sus estructuras, compromiso con los pobres y los necesitados.

La pedagogía de la fe inicia, pues, en la originalidad de la vida cristiana que traduce la opción de quien descubre y acepta la invitación para vivir la vida en Cristo y construir el reino como descubrieron y aceptaron la misma invitación los primeros seguidores de Jesús.

La iniciación a la vida en Cristo incluye la toma de conciencia de la invitación que

Dios hace a cada hombre por el bautismo y tiene que llegar a querer aceptar la vida que por el mismo sacramento le comunica y que es vida nueva.

Esta iniciación supone:

3.1. La “vida nueva” de bautizado.

La educación en la fe es iniciación a un estilo de vida original y diferente, porque inicia a la “vida nueva” que es la vida de Dios que se comunica al hombre por el bautismo, vida de Cristo porque también por el bautismo esta unido a Cristo, vida del Espíritu Santo que transforma la vida.

Por eso la educación en la fe es original y diferente. Y porque tiene como tarea hacer nace un tipo de hombre original y diferente que manifieste la “vida nueva” en todas las circunstancias y situaciones.

La expresión “vida nueva”, equivalente de “vida en Cristo” y “vida en el Espíritu”, pertenece a la simbólica del Nuevo Testamento y es San Pablo quien más la utiliza (Cf. Ef. 4, 17-31).

A veces se piensa que ser cristiano y vivir al estilo cristiano consiste en cumplir lo que manda la Iglesia que se entiende más como imposición extrínseca que como consecuencia de una opción. Por eso tanta gente no quiere saber nada de la religión, a la que cataloga como un obstáculo para su realización. Y en buena parte tiene la culpa de esta opinión la forma como se dio la instrucción religiosa, sus contenidos y su metodología.

La catequesis no puede permitir y, menos aún, propiciar esta confusión. Tiene que manifestar que vivir la vida nueva del bautismo es vivir la opción por Cristo que transforma la vida de las personas; vivir como hijo de Dios y hermano de todos los hombres del mundo, vivir la propia humanidad y construir un mundo nuevo.

La catequesis propone vivir la vida nueva viviendo lo humano en profundidad y tomando conciencia de que ser humano es algo maravilloso, ser varón o mujer, tener un cuerpo para hacerse presente en el mundo y poder comunicarse con las demás personas; reconocerse original e irreplicable, alguien concreto, con un nombre y una historia que condiciona la propia manera de pensar, de actuar y de expresarse.

La catequesis descubre que vivir la vida nueva es tener en las manos la posibilidad de transformar y humanizar el mundo; es sentir la necesidad de superación y descubrirse libre, siempre en proyecto de crecer como persona; aprender a vivir en medio de las dificultades y superar las que tienen solución; hacerle frente a los tropiezos de la vida diaria y sentir como propias las calamidades de los demás.

La catequesis, además, destaca cómo vivir la vida nueva es amar y respetar a cada ser humano en su propio misterio; ser inteligente y poder preguntarse sobre la vida y sobre el mundo y sobre la historia en búsqueda de sentido; poder expresar los sentimientos, cantar la belleza, orar, celebrar la fe.

Además la catequesis descubre que vivir la vida nueva es estar abierto al diálogo, a la posibilidad de comunicación y de encuentro con las otras personas; sentirse parte de una sociedad y parte de la Iglesia, necesitar de los demás hombres para sobrevivir, realizarse con los otros y para los otros, compartir, dialogar, convivir, hacerse prójimo; comprometerse en acciones concretas para disminuir la injusticia y la violencia, ayudar a mejorar las condiciones de vida de los hombres, llevar alegría, ser tolerante, sonreír, ser feliz y hacer a otros felices.

Sobre todo la catequesis no puede perder la vista que vivir la vida nueva es descubrir el amor de Dios en las personas, en los acontecimientos, en la historia; es aceptar la acción del Espíritu Santo en la vida; es

seguir a Cristo; es dar el paso necesario para hacer verdad la vida en Cristo, que es vida nueva, comprometiéndose en la construcción de un mundo nuevo, en el que reine el amor de Dios (6).

.3.2.- El Reino de Dios entre los hombres.

La “vida nueva” que nace de la opción por Cristo conlleva un cambio de corazón y de mente, es decir, un cambio de valores y actitudes, un cambio en la manera de relacionarse con el mundo, con los otros y con Dios. Por eso la opción por Cristo es opción por el reino que Cristo anuncia y hace presente con su vida.

La pedagogía de la fe, que hace posible vivir la vida nueva en Cristo, tiene

6) Los documentos del magisterio de la Iglesia sobre catequesis, al hacer referencia a la formación moral, proponen una moral de opciones, moral de seguimiento de Cristo, moral de conversión y “vida nueva”:

* la catequesis abre camino para la acción del Espíritu Santo y para la conversión personal (DCG 22);

* la catequesis es una acción eclesial por la cual la vida de Cristo transforma la vida de los jóvenes y los lleva a la plenitud (MO 3);

* la catequesis educa para seguir a Cristo en la comunidad de discípulos de Jesucristo que es la Iglesia (MO 10);

* tarea de la catequesis es hacer nacer a Cristo Jesús en el corazón de los niños, hacerlos crecer en la vida cristiana para que alcancen la plenitud vital en Cristo (MO 180);

* la catequesis desarrolla la inteligencia del misterio de Cristo a la luz de la Palabra para que el cristiano pueda seguir a Cristo (CT 20);

* es tarea de la catequesis ayudar a la evolución integral del hombre (DM 17).

también como tarea construir el reino, para lo cual inicia en el compromiso comunitario y solidario con la humanidad, particularmente con todos los que viven en dificultad y esperan un cambio de situación.

Con respecto al reino existen confusiones, porque se piensa que no es de este mundo, reduciéndolo a un premio en la otra vida para los que sufren y se portan bien en ésta. Por eso no resulta atractivo. Y por eso, que es lo más grave, hay injusticia y violencia.

El reino de Dios o reino de los cielos es la expresión que tan frecuentemente aparece en labios de Jesús para hablar de su obra: "el reino de Dios se parece...", "el reino de Dios está cerca...", y que significa, como la "vida nueva", cambio de valores y actitudes, cambio en la manera de relacionarse con el mundo, con los otros y con Dios (Cf. Mt. 4,17; Mc 1,14-15; Lc 3,3-14). Y es invitación al cambio el anuncio de la Resurrección que hace Pedro y que se lee en el libro de los Hechos de los Apóstoles, donde también se constatan las consecuencias prácticas del cambio (Cf. Hech 2,14-43).

También es invitación al cambio para hacer presente el reino de Dios en el continente latinoamericano, la que hacen los obispos en el Mensaje de los pueblos de América Latina y en el Documento de Puebla cuando hablan de la civilización del amor, de la construcción de una nueva sociedad, de la opción por los pobres (Cf. DP 12-16; 1154-1164).

La catequesis, entonces, tiene que iniciar en la opción por el reino. Tiene que llevar a descubrir y aceptar la salvación que viene de Dios, pero también a cuestionar y renunciar a la salvación disfrazada en los absolutos que el mundo proclama: el dinero, el poder, la fama. Y tiene que ofrecer la posibilidad de dejarse invadir del amor de Dios para poder amar: no con palabras, sino con hechos muy concretos, que permitan a los demás sentirse amados y realizarse como personas.

Al mismo tiempo la catequesis tiene que ser consciente de que la opción por el reino implica riesgo. Porque el amor de Dios libera del egoísmo y lleva a solidarizarse con el dolor y el sufrimiento. Porque el amor de Dios no puede coexistir con la injusticia y la violencia, se hace grito de denuncia y acción para liberar a quienes son víctimas de dicha injusticia y de dicha violencia.

Y tiene la catequesis que tener muy claro que el amor que viene de Dios y lleva al hermano es el criterio para una acción comprometida con los más necesitados: amor sin resentimientos y sin violencia como es el amor de Jesús.

Por último, y porque la opción por el reino es, en el continente latinoamericano, opción por los pobres para su liberación integral, como lo proponen los obispos latinoamericanos en el Documento de Puebla, la catequesis no puede perder la vista la responsabilidad que tiene en la solución de las condiciones de vida de la inmensa mayoría del pueblo latinoamericano. Para ello tiene que

hacer sensible al catequizando de las dificultades y las aspiraciones de los hombres del mundo, sus hermanos, para que pueda asumir una actitud crítica y comprometida frente a las desigualdades, injusticias y atropellos que se cometen. El reinado del amor de Dios en los corazones y las estructuras es objetivo de

la educación en la fe; la situación que viven los hombres, sus aspiraciones y problemas, son parte del contenido de la catequesis, así como la enseñanza social de la Iglesia; y la metodología tiene que posibilitar la toma de conciencia de las desigualdades entre los hombres cuestionarlas y buscar soluciones efectivas (7).

(7) Sobre este aspecto, los textos del magisterio eclesial sobre catequesis establecen:

* la catequesis conduce a la comunión con Dios y a la solidaridad con los hombres (DCG 23 Y 41);

* la catequesis invita a la esperanza cristiana en la vida que no termina y al compromiso actual con la sociedad para transformarla (Cf. DCG 29);

* la pedagogía de la fe favorece la respuesta activa al don de Dios por medio de la oración, la participación de los sacramentos y la liturgia, el compromiso eclesial y social y el ejercicio de la caridad (DCG 75);

* la catequesis está llamada a llevar la fuerza del evangelio al corazón de la cultura para encarnarse en ella y transformarla (Cf. CT 53);

* la catequesis debe asumir las angustias y esperanzas del hombre de hoy para ofrecerle posibilidades de liberación (DM 6).

* la catequesis es medio de comunión y participación (Cf. DP 997).

* la catequesis debe formar cristianos que sean capaces de realizar la participación y la comunión en la Iglesia y en la sociedad. (DP 1000).